



La emboscada de la mediocridad

Reflexiones sobre la anulación del sentido crítico universitario

José J. Quintero Delgado
mencho@cantv.net

La mentalidad vasalla tiende a ser imitativa y estéril. No tiene su punto de partida ni en la disidencia ni en la protesta, sino en la aceptación y la conformidad. La actitud del hombre integrado e incorporado a una situación totalmente aceptada tiende a arrebatarle toda individualidad y todo poder cuestionante.

Arturo Uslar Pietri

Con insistencia escuchamos o palpamos reacciones adversas a la sola mención de la palabra “crítica”, ponerla en práctica o, incluso, ganarse la fama de ser un crítico acérrimo genera en nuestros contertulios un prurito de indignación o molestia. De tal suerte la crítica se nos revela como amenaza y agresión pues, generalmente, la vinculamos con una especie de reporte de los aspectos negativos que forman parte de la galería de nuestros “defectos”, los que

difícilmente alguien desee escuchar de sí. Pero, ¿es en realidad esto la crítica? ¿A cuál acepción nos referimos cuando hacemos referencia a ella? ¿Qué entendemos por conciencia crítica?

Las interpretaciones erradas están a la mano, resulta difícil encontrar en el uso popular una concepción positiva que interprete constructivamente a la crítica, es decir, comentarios que la entiendan como la mirada que versiona soluciones, que aporta alternativas novedosas y objetivas a los problemas o desviaciones que afectan a cierta realidad, por el contrario, lo más común es relacionarla con prejuicios u opiniones tendenciosas hechas con la intención de acarrear disputas, polémicas, altercados o desacuerdos de variada índole que traban una posible salida a los inconvenientes y complicaciones que nos afectan.

En todo caso, si queremos desentrañar lo que está detrás de los prejuicios que sobrelleva esta palabra, debemos partir de elementos que soporten un entendimiento con mayor grado de autenticidad, lo más lógico es acudir a su etimología. Si recordamos que nuestro vocablo “crítica” proviene del griego *kritikós*, palabra referida en su primera acepción a la “capacidad de discernir”, al acto de cribar, de separar los elementos y determinar los criterios que, posteriores a un análisis, expliquen la complejidad de un determinado fenómeno, entonces percibiremos la necesidad de poseer, por lo menos desde el ámbito universitario donde nos situamos, la altura intelectual que pueda atribuir a la crítica la capacidad de ejercer la fuerza renovadora que moviliza los cambios indispensables en la dinámica del conocimiento; pero, a la vez, la crítica reclama una propiedad rara en la actualidad, la de la despersonalización, la capacidad de poder distanciarse de los intereses que nos tutelan para concienciar lo que, otras voces, otros enfoques puedan opinar y problematizar sobre las manifestaciones que ya hemos concebido de antemano. Lógicamente, nunca entenderemos a la crítica sin una buena dosis de humildad, respeto y tolerancia hacia la divergencia intelectual.

De la conciencia crítica universitaria

Un papel importante, además de su rol connatural de educar, ha jugado la universidad a lo largo de su historia, éste es el de ejercer con propiedad

el pensamiento crítico. Crítica y universidad van de la mano, es en sus predios donde el empeño en el trabajo racional ha adquirido múltiples destinos abarcando todos los ámbitos: la sociedad, la política, la ciencia, la moral, la economía e incluso, el papel que la misma universidad desempeña como artífice de cambios, como protagonista clave en la evolución natural de las culturas.

La forma que ha tomado este pensamiento también ha sido variopinta, en algunos casos con perspicaz agudeza y en otros con obtusa parcialidad, siempre desandando entre posturas opuestas, optando entre versiones antagónicas, tomando partido por los argumentos más descabellados y por las manifestaciones más evidentes, más desconocidas o más desapercibidas del quehacer natural y humano, pero en esta dialéctica de contrarios, en esa multitud de opiniones y miradas se forjó la posibilidad de discutir y convenir, de corregir y proseguir, de crecer y avanzar. En consecuencia la crítica es parte fundamental de lo que identificamos como “universitario”, es una porción vital de su “ser”, debemos comprender que el análisis calificado, la opinión versada, el comentario comedido y preparado con esfuerzo intelectual no son, no han sido, casualidad o eventualidad fortuita de un momento o una institución, muy por el contrario, la crítica así entendida se acredita como la legítima voz que emerge de los claustros, cuestionante, capaz de abonar opiniones ya sea para el acto de consagrar lo estatuido o,

por el contrario, inclinándose hacia posiciones hostiles al *establishment*, propiciando siempre el debate que alienta y dilata versiones sobre la manera de entender cada escenario del ámbito social, cada contexto en donde la Universidad tiene eco y posibilidad de inferir.

El discurso crítico universitario, acertada o erradamente, se ha caracterizado por ejercer el contrapeso ante el tumulto de corrientes políticas que intentan por todos los medios aglutinar el poder, para ello elabora un registro argumental que ahonda, descubre y desnuda el mensaje codificado por el pensamiento dominante; reconstruye una visión panorámica que incluye aspectos desdeñados por la miopía ideológica; resalta la aquiescencia acrítica de sectores que sólo aspiran lisonjear a la autoridad al mando y denuncia el juego usurpador que pretende monopolizar la voluntad de la población. Nos encontramos entonces ante una condición que, casi por antonomasia, está consustanciada con la revisión puntual, inteligente, aguda, comparativa y profunda de todo el espectro que cada tiempo arma y erige como rumbo. Esa circunstancia de exploración acuciosa y formada puede desmontar las mitologías que parasitan las ideas y representaciones de cada época, enfrentar los miedos que condenan a todo lo que parezca una irreverencia, por eso la crítica, una y otra vez, será la señal detonante que denuncie y deleve los intringulis, nudos y pliegues no percibidos por el individuo común, emprendiendo el

redimensionamiento de esquemas y modelos que impulsen los cambios necesarios para la lógica evolución de los cuerpos sociales.

Ya sea por complaciente o, como más comúnmente ha sucedido, por su empuje adverso a lo instituido, la universidad se ha caracterizado como un polo crítico que se apoya en la agilidad de un pensamiento entrenado en develar los quiebres que aquejan a las actuaciones de los hombres. La crítica no es una moda de tono variable, por el contrario, hablamos de una savia que día a día ajusta lo humano tanto al perfeccionamiento del conocimiento científico como al cumplimiento de sus más elementales pautas morales.

Cita con las leyes

Hasta aquí puede usted pensar, amigo lector, que escribo partiendo de una especie de idealismo extemporáneo divorciado de la circunstancia presente, para no correr ese riesgo interpretativo es hora de apoyarse en algunos documentos de trascendencia.

¿Cuál es la pertinencia que tiene la crítica en la realidad universitaria? Para responder la pregunta debemos comenzar por mencionar algunos de los elementos constitutivos que “oficializan y obligan” a los diferentes sectores de la educación superior a actuar críticamente; demos pues cabida a leyes y normas que permitan instaurar un piso estable desde donde comenzar una discusión que aborde la poca o mucha necesidad del elemento crítico como fundamento ineludible en el vivir universitario.

La primera referencia procede del nivel internacional. La UNESCO ha considerado prioritario pronunciarse sobre las tendencias que deben orientar los estudios universitarios en todos los ámbitos del planeta, por tal razón produce la DECLARACIÓN MUNDIAL SOBRE LA EDUCACIÓN SUPERIORENELSIGLOXXI: VISIÓN Y ACCIÓN, aprobada en octubre de 1998 en la “Conferencia Mundial sobre Educación Superior”. Resulta interesante comentar que el documento de la UNESCO constituyó fuente de inspiración primordial para los ideólogos que diseñaron la filosofía de las futuras Universidades Politécnicas (confesión hecha por ellos mismos), por lo tanto, es lógico concluir que el estado hacia donde emigran nuestros actuales tecnológicos debe armonizar muy de cerca con esta declaración. En el propio Preámbulo se comienza por valorar lo que el espíritu crítico aporta a la Educación Superior y por ende a todas las naciones. Citémosle: “Si [se] carece de instituciones de educación superior e investigación adecuadas que formen **una masa crítica** de personas cualificadas y cultas, **ningún país podrá garantizar un auténtico desarrollo endógeno y sostenible...**” (pág. 1, subrayados del autor).

Así pues, se entiende que desde las universidades y como un producto de la capacidad crítica que ellas infundan, sólo será posible el avance al tan deseado estado del “desarrollo endógeno” de cualquier país. Hay más, el documento al proclamar las MISIONES Y FUNCIONES DE LA

EDUCACIÓN SUPERIOR, artículo 1, párrafo (e), afirma con contundencia que las instituciones de educación superior deben:

“... contribuir a proteger y consolidar los valores de la sociedad, velando por inculcar en los jóvenes **los valores en que reposa la ciudadanía democrática y proporcionando perspectivas críticas y objetivas** a fin de propiciar el debate sobre las opciones estratégicas y el fortalecimiento de enfoques humanistas.” (págs. 3 y 4 subrayados del autor).

Interesante enunciado que funde la ciudadanía democrática a la necesidad de una perspectiva crítica y objetiva como salida natural a las posibilidades de crecimiento de las naciones, y por supuesto, del sistema educativo mismo.

Hay más, pero pasemos al nivel nacional, ¿qué encontramos con respecto al tema tratado en nuestras leyes? Para no pecar de extenso sólo me voy a referir a uno de los documentos más polémicos que ha desatado una enorme controversia en el campo de la educación, me refiero a la Ley Orgánica de Educación (LOE) aprobada en Gaceta Oficial No 5.929, de fecha 15 de agosto de 2009. Debo decir, que lo que aquí cite de esta disputada ley no es enteramente novedoso, por el contrario, en este tema la LOE es un eco que repite puntos y circunstancias similares de otras leyes anteriores y otros documentos importantes del mismo tenor.

En su capítulo I, artículo 3, PRINCIPIOS Y VALORES RECTORES

DE LA EDUCACIÓN, la LOE establece: "... que la educación es pública y social, obligatoria, gratuita, de calidad, de carácter laico, integral, permanente, con pertinencia social, creativa, artística, innovadora, **crítica**, pluricultural, multiétnica, intercultural y plurilingüe." Pero no sólo el aspecto crítico se estipula como un valor básico en toda la Educación sino que, además, en los FINES DE LA EDUCACIÓN, artículo 15, parágrafo 8, se redondea la importancia del sentido crítico al enunciar: "**Desarrollar la capacidad de abstracción y el pensamiento crítico** mediante la formación en filosofía, lógica y matemáticas, con métodos innovadores que privilegien el aprendizaje desde la cotidianidad y la experiencia." (subrayados del autor)

Con respecto a la Educación Universitaria la importancia crece, el artículo 32 eleva su cuantía al darle un énfasis mayor: "La educación universitaria **profundiza el proceso de formación integral y permanente de ciudadanos críticos y ciudadanas críticas, reflexivos o reflexivas**, sensibles y comprometidos o comprometidas, social y éticamente con el desarrollo del país, iniciado en los niveles educativos precedentes..." (subrayados del autor). En otras palabras, la tarea de ahondar en el pensamiento crítico, en su calidad y relevancia, es una ocupación ineludible dentro del ámbito de la educación universitaria, esquivar este aspecto, eludirlo, desconocerlo o negarlo, supone, ipso facto, el incumplimiento de un mandato de ley. Los artículos 33 (Principios rectores

de la educación universitaria), y 38 (Formación permanente) de esta misma ley, no citados aquí por razones de espacio, insisten y refuerzan la noción crítica como baluarte del proceso integral que implica la educación universitaria. Como dije antes existen más documentos de este tenor que abundan sobre lo indispensable del aspecto crítico universitario pero no es la intención saturar la lectura de citas, sino entender cómo la crítica es substancia vital que fluye en un buen sistema de educación superior. Lo que estos mandatos reflejan como una prioridad de la educación tiene su correlato en la realidad.

La crítica universitaria ha abonado opiniones renovadoras, a veces revulsivas, sobre su contexto, su voz ha diseccionado la vida moderna al detalle produciendo en todos los estamentos de la sociedad el estremecimiento y remozamiento de las viejas estructuras viciadas y colapsadas. Estamos hablando de la universidad en el mundo occidental ¿será el caso de Latinoamérica?

Universidades pre-modernas

En un artículo por demás interesante que diserta sobre la modernización de las universidades en América Latina, César Ferrari y Nelson Contreras califican a la universidad latinoamericana de "premoderna", la afirmación no es gratuita, basados en un diagnóstico comparativo entre países latinoamericanos y las naciones de América del Norte fundamentalmente, los investigadores analizan aspectos

como el número de graduados, los investigadores, las publicaciones y los gastos en ciencia y tecnología en relación con el PIB de cada país, los resultados que arroja su investigación generan la precitada afirmación que ubica, salvo excepciones, a las instituciones de estudio superior de América Latina como poco preparadas para poder crear un capital humano que pueda revertir los cuadros sociales imperantes, por lo tanto, podría decirse que son universidades disfuncionales en el sentido de que no poseen la capacidad para reflexionar y ofrecer soluciones a los problemas que aquejan a sus sociedades.

Del artículo llama especialmente la atención, para lo que aquí concierne, una de las observaciones aplastantes hechas por los autores y que vinculan directamente al por qué del problema, a las razones por las cuales la universidad latinoamericana no cumple con su rol de guía y motor de cambios, por supuesto, está vinculada a la ausencia crítica, en este caso del sector docente:

...sus profesores a tiempo completo son pocos y rara vez arriesgan una opinión o una orientación fuerte, menos aún si ésta implica una contradicción con la verdad oficial o culturalmente aceptada. Por esta razón o porque no constituyen un grupo socialmente significativo o numeroso, por falta de apoyo o por los bajos salarios muchos de ellos prefieren buscar otras opciones profesionales fuera de sus países.¹ (pág. 24)

Es este el punto álgido de lo planteado: no puede haber universidad o educación superior de calidad si los principales elementos cultores de la reflexión y el pensamiento innovador, los docentes, sobre los que recae directamente la responsabilidad de renovar las visiones, enfoques y perspectivas críticas, enmudecen y se discapacitan para emprender las tareas de cambio social, si esta tarea se echa al olvido difícilmente se podrá alcanzar un estatus de universidad moderna, contemporánea, se perdería aquella oportunidad de “influir significativamente, de constituirse en referencia principal y ser parte de los debates sociales y de la formulación de las políticas públicas y las nuevas reglas y normas que regirán a la sociedad.”(Ferrari y Contreras, pág. 28).

La Declaración Mundial sobre la Educación Superior, ya antes citada, apunta hacia la misma conclusión señalando a la crítica como uno de los medios para que pueda existir pertinencia social en la universidad: “La pertinencia de la educación superior debe evaluarse en función de la adecuación entre lo que la sociedad espera de las instituciones y lo que éstas hacen. **Ello requiere normas éticas, imparcialidad política, capacidad crítica** y, al mismo tiempo, una mejor articulación con los problemas de la sociedad y del mundo del trabajo...” (Art. 6, parágrafo. “a” subrayados del autor)

¹ Ferrari C./Contreras N., **Nueva Sociedad**, No 218, noviembre-diciembre de 2008.

¿Qué pasa en los Tecnológicos?

Al estar inmersos en el sistema de educación superior es innegable entonces que los tecnológicos acusan las mismas carencias atribuidas a las universidades. En lo referido al tema del pensamiento crítico en los institutos tecnológicos venezolanos, la impresión apunta a que en ellos se produce un mutis de mayores dimensiones. Esto acaece porque el hábito crítico necesario para enfocar y diagnosticar la realidad, la época, las situaciones, crece en medio de un campo minado por elementos externos a lo institucional que, en su pugna por el poder político y otros intereses, dan al traste con los compromisos académicos. Estamos hablando de una cultura del silencio que mientras más se instaura más cómplice es de la mediocridad que poco a poco nos cubre de apatía. Con este alegato no estoy afirmando que se carezca de capacidad crítica, tampoco que la docencia de los tecnológicos sea de un nivel profesional que no pueda equipararse al de las universidades públicas, no es eso, lo que trato de dar a entender es que sobre estas instituciones se cierne, más duramente que en la universidades, una dependencia y un culto a la anulación espontánea, a la supresión automática que merece ser examinado con detenimiento. Eso intento. Varios son los motivos o figuras básicas sobre los que apoyo mi reflexión.

Tierra de vivos

En primer lugar, debemos entrever que existe un elemento de raigambre

histórica apuntalado con una de las peores taras de la cultura venezolana, la viveza.

Cuando cito el elemento histórico me refiero al hecho de que los tecnológicos, desde su fundación, fueron creados sobre plataformas políticas que emponzoñaban a su recién adquirida nómina docente con el infortunio de una dependencia a factores no institucionales desde donde se administraba el ingreso, en otras palabras, la primera y más necesaria identificación de estos miembros no se daba sobre el aspecto universal del conocimiento, sobre la pluralidad de ideas nacidas al calor del debate académico, sobre la declaración de principios que en este ámbito son vitales y no negociables: la libertad de cátedra, la necesidad de hacer investigación como elemento inherente a la educación superior, el pluralismo ideológico, la reflexión filosófica y epistemológica del saber y, por supuesto, la afirmación y discusión de la independencia que debe tener la vida académica de las eventualidades políticas de todo tipo; no fue así, muy por el contrario, lo que se inoculó fue una dependencia que desintegró en gran medida la noción de pertenencia institucional y de profesionalidad del conocimiento, todo en favor de un compromiso político-partidista que sellaba y obstruía la probabilidad crítica.

A lo anterior se le sumó un rasgo cultural nefasto del venezolano,

² Para profundizar y entender más cabalmente sobre la radicalidad que implica el problema de la Viveza criolla en nuestra cultura confróntese el texto **La picardía del venezolano o el triunfo de Tío Conejo**, del psicólogo venezolano Axel Capriles M., editorial Taurus Santillana, Caracas 2008.

la “viveza criolla”² que, plena de matices, ha logrado calar como natural y “buena” en el quehacer diario del venezolano de todos los estratos sociales. Esta impresionante inversión valorativa ha hecho del mal hábito una costumbre plenamente aceptada, por lo tanto, la posibilidad de pasar desapercibido y evadir la responsabilidad de rendir cuentas, la destreza para ascender sin esfuerzos de ningún tipo sino por la vía del fraude, el desprecio por el mérito y la virtud que archiva como “pendejadas” a la honestidad y como “bolsas” a los probos, junto a la adulancia erigida como un credo que dispensa beneficios abriendo todas las posibilidades, resumen este nudo de avatares que marcó a fuego a los tecnológicos desde su nacimiento. Ante un panorama de este tipo no es extraño que se radicalice la pereza y que el “pensar en términos universitarios” se transforme en un registro extraño, poco atractivo y, en el peor de los casos, peligroso.

Insisto en el carácter histórico de esta primera vertiente porque desde la fundación de los tecnológicos hasta el presente este estado de cosas no ha hecho sino crecer exponencialmente; no ha habido cortes ni quiebres motivados por los cambios políticos que ha experimentado la sociedad, la linealidad en el comportamiento es una constante que superó lo ideológico en provecho de un pragmatismo individualista que envenena cualquier postura que implique poner en marcha una visión de conjunto enmarcada por las virtudes. Así pues, estas instituciones no se distancian de los

vicios cotidianos, su funcionamiento es, a la manera de un espejo que refleja lo que ocurre en la calle, de un talante muy básico que fomenta una cultura empeñada en desechar toda opción capaz de contrariar el “método” del pícaro, su mitología, que profesa una servidumbre ciega al desorden que todo lo permite.

El silencio moral

Un segundo argumento lo tomo de lo que presencio en el IUTE, sin embargo, la probabilidad de que sea una situación recurrente en otras instituciones es inmensa porque, en cualquier contexto, es muy difícil escapar al fenómeno de fondo que voy a tratar.

La enorme influencia ideológica que ejerce el tejido político nacional contemporáneo crea un factor que agudiza la inopia crítica de estas instituciones, con ello surge algo parecido a lo que ya hace muchos años había vislumbrado Octavio Paz, el último premio Nobel de literatura que ha dado Latinoamérica, refiriéndose en ese momento a la actitud de los intelectuales mexicanos universitarios y la parcialidad crítica que ejercían desde el ámbito de la izquierda política. En los años 60 y 70 del siglo pasado, refería Paz, las opiniones que provenían de la izquierda intelectual estaban dotadas de antemano de una condena contra todo aquello que no se pareciese o militase en su pensamiento totalizador, querían profesar una especie de atributo apodíctico que los autorizaba a radicales excomuniones sobre lo que adversaban y a herméticos silencios cuando era de cuestionar los

terribles actos de sus correligionarios. Escuchemos lo que argumentaba Paz sobre el movimiento intelectual y, fundamentalmente, sobre el pensamiento universitario para ese entonces :

Extraño idealismo: la realidad está al servicio de la idea y la idea al servicio del tribunal de la historia. El mundo como un proceso criminal. La epidemia es universal pero ataca sobre todo a los intelectuales. **Sus estragos han sido mayores donde no existe la vacuna de la crítica: América Latina.** Entre nosotros todo el mundo encuentra natural que se denuncien los horrores de Pinochet y se callen los del Mariscal Kim Il Sung. A todos nos indigna y entristece lo que pasa en Argentina, Brasil, Uruguay y Nicaragua [bajo dictaduras militares de derecha en ese momento] pero es de mal tono musitar que tampoco es alentador lo que sucede en Checoslovaquia, Bulgaria, Cuba, Albania [también bajo dictaduras militares pero de corte izquierdista]³. (pág. 196) (subrayados y comentarios del autor)

El problema que plantea esta cita se asemeja a la variante nacional aunque aquí se haya hecho de la ciega parcialidad un campo dual donde, no posturas sino facciones, echan por tierra la más mínima noción de respeto a los principios y valores del pluralismo ideológico. El paralelo es importante porque permite al menos una comparación esencial en lo que a este artículo concierne. Lo que trato de hacer ver es que si descuidamos, como

lo hemos venido haciendo, la matriz de opinión crítica será fácil que la marea política que azota al país, fanatizada y convulsa, arrase como un tsunami las playas racionales donde se estaciona la verdadera fortaleza del universitario: el uso independiente, racional e imparcial de las ideas.

En los terrenos de la crítica podemos ejercer con toda naturalidad la capacidad de escuchar, rectificar y volver a argumentar sobre la base del conocimiento y del estudio. Si no es de esta manera, si no podemos entender y visionar lo que Octavio Paz ya advertía 40 años atrás, entonces existe el peligro de que la racionalidad sesgada y el entubamiento de las ideas, fabriquen otro costoso error con efectos impredecibles en sus detalles pero conjeturable en su consecuencia mayor, la pérdida del único estamento que connaturalmente se nos concedía y nos diferenciaba dignamente ante el corifeo de las variadas profesiones: la capacidad para ser la conciencia moral de la sociedad, sin vicios de carácter y sin perversiones espirituales.

Con penetrante lucidez resumía el cantautor folclórico argentino José Larraalde en uno de sus extraordinarios poemas cantados, el mal moral que hoy nos aqueja: *“La sombra crece dentro de la conciencia si la conciencia no crece en la sombra”*, de igual manera, los profesores universitarios corremos el riesgo de dejar de ser la conciencia social y moral de la sociedad para

³ Si se quiere ahondar en las opiniones de Octavio Paz al respecto léase el excelente artículo “La universidad, los partidos y los intelectuales”, en **El ogro filantrópico**, Seix Barral, Barcelona España, 1981.

pasar a ser pantomimas que quieren, a toda costa justificar tendencias de los factores en pugna por el poder político. Las pasiones políticas van en desmedro de la pasión por el conocimiento, agotamos nuestro tiempo, nuestras energías y nuestra capacidad de organizar, promover y producir en la precaria tarea del discurso político pasional que ha invadido como una peste furibunda al grueso de la sociedad. De allí no surgen ideas de consenso, no mejoramos, ni siquiera se debate sino que se vomitan las frases, y, en un diálogo de sordos, nadie se escucha. La esterilidad intelectual a la cual nos somete esta situación, su falta de ideas, de opiniones valiosas son un síntoma, el más evidente, no sólo de la pauperización del quehacer intelectual docente sino también, y más tristemente, de la decadencia moral de una sociedad que permanentemente degrada, entre el silencio, el odio y la complacencia, los valores de ciudadanía necesarios para ejercer la convivencia democrática.

El sótano: De docentes universitarios a Homeros Simpson´s

Sin embargo, si hablamos del IUTE, hay otro punto de inflexión. Existe aquí una insólita actuación que como decía el australiano J.M. Coetzee⁴ (otro premio Nobel de literatura), parece

generar una patología muy particular, la paranoia de la inseguridad, en aquellos que han cedido a la fascinación de un pensamiento que los subordina a una única línea de opinión, en ellos parece incoar un sentimiento paranoide que los catapulta a ejercer de implacables jueces de todo aquel que quiera tomar el testigo y elevar su voz en algún nivel crítico. ¿Por qué?.

Para poder responder debemos partir de alguna premisa que en su objetividad sea irrefutable. En lo que concierne al tema de la actuación crítica en los términos aquí expuestos, lo más evidente es afirmar que en el tecnológico muy poco se escribe, casi nada. Toda escritura crítica genera una reacción, cualquier opinión que exponga sus ideas acuñará posturas adversas en aquellas miradas que versionan la realidad desde otros ángulos, pero es allí, en ese campo de tensiones que confronta a las ideas, donde puede crecer la comprensión de los problemas o, por el contrario, condenarse al pensamiento y sus aportes a una desolación infecunda. Esto último es lo que sucede en la institución, y acontece porque las respuestas que recibe el que en buenos términos hace una tarea crítica, vienen cifradas en un código pleno de diatribas, en otras palabras, lo que se responde aparece marcado por la irrupción malsana de lo que

⁴ El texto de J.M. Coetzee **Contra la censura: ensayos sobre la pasión por silenciar**, Random House Mondadori, Caracas, 2007, es un excelente libro para comprender una amplia gama de implicaciones que motivan y acompañan a la censura.

⁵ El capítulo "*Libre expresión e identificación personal*" incluido en el libro: **La ética en el ámbito público**, Gedisa, Barcelona, 2001, es una brillante y lúcida exposición del autor, Joseph Raz, acerca de la libertad de expresión y de la tolerancia que ella amerita en los sistemas democráticos.

Joseph Raz llama “el discurso vil”⁵, que no es más que la expresión de “ideas y opiniones falsas, disvaliosas, degradantes, depravadas, etc.”, exhibidas en desmedro del inmolado de turno con desvergonzada gratuidad. A nadie extraña ya observar como la mala hez de cerebros entrenados en la difamación y la maledicencia, se encarnizan sobre cualquiera para degollarlo moralmente, sin embargo, existe una diferencia conceptual a tomarse en cuenta en este ejercicio comparativo, J. Raz se refería a aquellos discursos que a pesar de su vergonzoso contenido poseían un emisor conocido, un referente; en el caso del IUTE se suma un rasgo que degrada al discurso vil al nivel de sótano, la experiencia certifica que este tipo de exposición no sólo arremete contra todo lo que no comparte, sino que adicionalmente lo hace de forma anónima, envileciéndose aún más.

Este tipo de discurso no es una invención del presente, posee rancio abolengo en la institución, tiene historia y torvas motivaciones. Desde muchos años atrás se ha desvirtuado con este proceder vejatorio a aquel que no comulga con los intereses de turno o que moleste, aun sin querer, a la ambición de poder. En un trance de acomplejada paranoia, como lo mencionaba Coetzee, se atenta y se intimida, pocos se atreven a elevar una crítica porque conocen de antemano la condena: serán degradados en su dignidad, desde su intimidad en adelante todo puede quedar expuesto, cualquier mentira que se pueda infligir será válida para difamarlo.

Nunca el mancillado sabrá quien le injuria, tampoco recibirá una respuesta en el nivel universitario que él redactó, el mecanismo de humillar es hermético y demoledor, sólo queda callar. Todo aquel que haya elevado su voz para opinar y no para lisonjear lo sabe, pues en su memoria un inventario de recónditos insultos reposa.

Lo que sí es una invención del presente es que ahora el anonimato se cubre de máscaras. He leído panfletos que no son completamente anónimos, aquellos que los escriben suplantando su personalidad y se autodenominan Homero Simpson u otros antihéroes norteamericanos, haciendo honores a los iconos mayores de la imbecilidad contemporánea. Tal impostura invariablemente me recuerda esa magnífica obra de Eugene O’Neil, **El gran Dios Brown**, en donde los personajes de tanto usar máscaras terminan siendo y adorando eso que al principio era sólo una graciosa *boutade*. La estupidez es contagiosa. *No mires mucho a un abismo*, -decía Nietzsche-, *porque el abismo mirará dentro de ti*.

Hay más. Con asombro observo como en estas manifestaciones de miseria mental se clama a las autoridades de turno para que institucionalmente arremetan contra toda crítica que no concuerde con los intereses en boga, quienes llaman a la censura no vislumbran que automáticamente se autocensuran, es éste un proceder al límite de lo paradójico: un profesor que atenta contra la libertad de expresión de un colega para obligarlo al silencio, se

ataca a sí mismo. Abre un mecanismo infame que fácilmente puede volverse sobre sí mismo. La negación de la facultad crítica anula no sólo el derecho que tiene un docente de opinar con conciencia sobre lo que le aqueja, sino que a su vez vulnera las leyes nacionales e internacionales expuestas como los fines de la educación superior y, para colmo, sucumbe gracias a esta postura la esencia dialógica del ser racional pues, como afirmaba Adela Cortina, “quien entabla un diálogo considera al interlocutor como una persona con la que merece la pena entenderse para intentar satisfacer intereses universalizables”⁶, quien lo niega exhibe impunemente su enfermiza mezquindad.

Deberíamos entender que procederes de este tipo sólo sacan a la luz una toma de partido por lo abyecto y un olvido supino de la condición docente. La mediocridad ha emboscado a algunos espíritus destinados para fines más altos, ahora, en su ceguera, se congratulan al rozar actitudes que atentan abiertamente contra la autonomía crítica que les permite decidir por sí mismos, se alienan y se enajenan sin pudor en una embriaguez de prepotencia porque han logrado inducir una mudez generalizada, pero negar lo que somos no salva del naufragio.

Siempre hay un más allá, un renacimiento sigue a toda decadencia, ese es el tiempo que la gran mayoría docente debemos convocar.

⁶ Adela Cortina, **El quehacer ético: guía para la educación moral**, Santillana, Madrid, 1996. Pág. 119